

llamaron, me pusieron en la mano una pieza de cinco francos y me ordenaron que saliera.

.....

A poco pasaba un riachuelo y entraba en territorio español

Tu Miguel.

DEL MISMO Á LA MISMA

San Blas y Abril de 1865.

Génie de mi alma: al fin estoy en mi tierra después de esta terrible odisea que parece inventada y no realizada. Hemos sido los últimos en salir y por cierto de los peor librados.

Al llegar á San Sebastián me encontré con un espectáculo que nunca me hubiera aguardado: en vez de aquellos rostros plácidos, de aquellos uniformes relucientes, de aquellas onzas liberalmente gastadas y de aquella alegría de los tiempos del sitio; en vez del vigor y la entereza de los primeros días del destierro, me hallaba con caras foscas, con barbas crecidas, con ojos enconados, con cóleras, iras y disgusto. Nadie tenía ya ni restos de uniforme; apenas había burdas chaquetas y recios capotones de paletos; nadie contaba con casa adonde ocurrir ni con patrona que le hiciera la comida; sólo existían jornaleros que fabricaban sus migas con sus propias manos y que ganaban un mísera y honrada subsistencia.

Aquellos quinientos prisioneros, aquellos excelentes muchachos que no pensaban más que en proezas guerreras, que habían salido de su país con el propósito de tornar á él con la frente muy alta y muy limpia, se habían convertido en treinta y ocho trabajadores que no parecían tener parentesco cercano ni remoto con aquellos lucidos oficiales. Pero así como acompañan al oro muchos pedruscos informes é inútiles, así á este núcleo probado y escogido le acompañaba mucha escoria vil y baja que se separó á medida que los golpes del mortero fueron triturando la parte inferior y dejaron reluciente y claro al rey de los metales.

La tarde que llegué á San Sebastián y conté mis penas á los compañeros, éstos me contestaron:

—Pues lo que es aquí no tendrás temores por la comida: hay trabajo y trabajo constante. Prepárate y levántate temprano, que cabalmente tenemos en cama dos tenientes y tú irás á trabajar para que ellos coman.

Me dió pena preguntar qué trabajo era aquél, aunque por haberme dicho que faltaban dos tenientes me figuré que se trataba de ocupación militar.

Al amanecer, cuando el sol todavía no apuntaba, me despertaron los tres muchachos que dormían conmigo en el cuarto que se había alquilado para que durmiéramos. Me levanté con unas agujetas que valían cualquier cosa; pero como había que obedecer, obedecí también cargando

un colosal zapapico que puso en mis hombros uno de los amigos. La luz aparecía clara, dulce, velada y cándida, y al mismo tiempo que la aurora se levantaba un olor á brea, á salmuera, á jarcias y á mariscos que parecía anunciar la presencia del puerto mejor que el amontonamiento de cosas informes que se distinguía á la derecha y que luego supe eran redes, barcazas, velas, remos y aparatos de pesca.

Trepamos una colinilla, anduvimos por un sendero, subimos por una roca y pronto superamos un castillo que se empinaba sobre una eminencia como figoneando al mar.

— Aquí es, dijo un compañero que iba de boina, pantalón corto, medias y un garrote en la mano.

— Aquí es, y tú, exclamó el capataz dirigiéndoseme, no puedes empezar por trabajo fino, como el que sabemos hacer los viejos; derriba este muro, que fuerzas te sobran para ello, y haces lo que te mande Noriega.

— Vaya en gracia, pensé, ¿conque albañiles somos ahora y no hay modo de ganársela de otro modo? Bien está; es cien veces preferible arrancar piedras que dejar de comer.

Al principio manejaba la piqueta con torpeza, pero pronto entré en calor y empecé á arrancar pedruscos con una priesa que daba gloria verme. Cuando llevaba un buen rato de echar los bofes en aquella pared, más dura que el corazón de un malvado, le pedí un cigarro á uno de los compañeros.

— ¿Cigarro? me respondió. Es la falla, amigo mío. Ya nadie fía cigarros, ni comida, ni alojamiento, ni nada: estamos hundidos. Espérate á la hora del almuerzo, que no tardará en traer ó en mandar el socio cocinero, y quizás encuentres allí quién te dé una poquita de picadura.

— Lo que sí me dirás es qué significa este trabajo y cómo se consiguió; que yo me vuelvo cruces sin hallarle la punta al negocio.

— Muy sencillo, respondió el otro pasando el instrumento entre dos piedras, hendiendo la argamasa y haciendo saltar uno de los peñascos. Muy sencillo: el general Huerta ha sido nuestro padre en este horrible destierro, y á quien el país no le pagará nunca sus trabajos en favor nuestro; ha movido cielo y tierra para conseguir que nos auxilién las gentes caritativas. Les ha escrito á Prim, á don Miguel de los Santos Alvarez, á don Salustiano Olózaga... al Nuncio y al Moro Muza, pidiéndoles que nos ayuden. Pero quiere la pícara casualidad que cuando Prim está mejor dispuesto, me le destierran á Oviedo, que el gobierno de la Reina mira de reojo las cuestaciones á nuestro favor creyendo atraerse la enemistad de Francia; que los progresistas se acoquinan y sacan cualquier miseria y que en la imposibilidad de ponernos un parche en el ojo y salir mendigando por los caminos, don Epitacio consiente en que aceptemos este trabajo y nos ganemos honradamente nuestras dos pesetas diarias, con que come-

mos la pobre menestra que necesitamos para no morirnos de necesidad... Entretanto, nuestro jefe hace los imposibles: le escribe á Nueva York á don Matías Romero, le escribe á Londres á don Jesús Terán, le escribe á París á don Manuel Terreros, propone en venta sus haciendas de Michoacán, se multiplica, imagina, piensa, trabaja, lucha... y sobre todo nos consuela, nos anima, nos fortifica, nos sostiene, nos hace ver que no hay mal que dure



cien años... ¡es mucho hombre don Epitacio!... Nuestra asociación es para dedicarnos á algún trabajo manual, para sostener á los compañeros enfermos y para protestar contra las picardías del gobierno francés, contra las infamias de los mochos y contra las pichicaterías de nuestro gobierno.

Seguimos trabajando toda la mañana, y cuando el sol estaba en la mitad de su curso fuimos á almorzar en alegre compañía los treinta y dos amigos que estábamos en aquel lugar por el querer caprichoso de la suerte.

Estábamos á la sombra de un paredón, oyendo á lo lejos los tumbos del mar y disfrutando de un solecillo que parecía la sonrisa de un rostro lacrimoso. Nuestra ración era abundante y sabrosa, el vinillo bueno, el hambre mucha, el contento grande, elementos que bastaban y sobraban para que nos sintiéramos satisfechos y alentados. Pérez Milicua, que era el jefe de la asociación de jornaleros, inauguró la comida brindando por mí, que había soportado con tanta resignación los malos tratamientos de los franceses. Traté de contestarle, pero al querer decir algo empecé á titubear, trastabillé, me paré y acabé por beberme un gran trago de peleón y por derramar muchas lágrimas. Cuando quise averiguar por qué restábamos tan pocos, uno de los amigos me dijo con alegría:

— Pero ¿qué te pensabas que éramos no más los que estamos en este banquete? Más que nosotros son los que se encuentran en México, entrándole al desorden y dándole muchos dolores de cabeza á don Maximiliano y á los franceses. Unos se han marchado, como González Cosío, resueltos á promover bola en la ribera americana de México y hasta á engancharse en el ejército antiesclavista de los Estados Unidos, si no pueden pasar á nuestro país... Manuel Loera se llevó á ocho á sus propias expensas y otros salieron de aquí en diferentes fechas. Tenemos cartas de todos ellos y son para morirse de risa...

— Ya lo creo, observó uno, que es graciosa la entrevista de Loera con don Matías Romero.

— Le andaba zaqueando en Saratoga, en Nueva York, en Wáshington, en todas partes, y al fin consiguió la promesa de que les mandarían en buque de vela de Nueva York á Matamoros.

— Haciendo cincuenta días de camino.

— Curioso también otro lance de Nueva York, adonde les habían conducido bajo promesa de pagar, en llegando, el treinta por ciento del pasaje, que importaba cuatrocientos pesos. Al arribo no tenían ni una peseta, y Loera anduvo llamando á todas las puertas como un mendigo, pidiendo el dinero sin que nadie se lo quisiera prestar. Don Manuel Doblado se lo facilitó y le dió un barquito que le llevó hasta Brazos de Santiago.

— ¡Vaya una aflicción de Loera!

— Y razón que le sobraba; como que si no soltaba la plata, el capitán se cogía de una cláusula del contrato en virtud de la cual, caso de que no se pagara, tenía derecho de tripular su barco con los oficiales que escogiera.

— Pero gracioso lo de los Brazos de Santiago.

— No tiene cuate.

— Es colosal.

— Cuéntelo usted.

— Pues hombre, que nuestros amigos se reunieron en Nueva York con otros que antes habían llegado, que en

compañía suya se fueron á Brazos de Santiago, y que allí, como nosotros lo hemos hecho aquí, determinaron formar una asociación para protegerse en buena y mala fortuna. Había comisiones para arbitrar fondos, para hacer gestiones ante nuestro gobierno, para buscar la comida y para guisarla... De los que tenían á cargo la importantísima tarea de buscarse recursos eran Pancho Mena y don Manuel Ortiz de Zárate, que se pasaban días enteros en la playa espionando á los guachinangos colosales, que apenas solían pescar los negros del contorno, vendiéndoles á los mexicanos á precios bajísimos... que solían no tener los nuestros... Un día, á la hora en que quemaba más aquel sol canicular, Mena y Ortiz de Zárate empezaron á hacer señas llamando á sus compañeros. Se presentaron tres ó cuatro; «No, todos», gritaban los pescadores. Ocurrió el grueso de la comitiva y empezó á cobrar de la cuerda que tenían los dos oficiales; tiró más y salió más; caló por mayor tiempo, y cuando todos pensaban que iba á aparecer un ballenato... salieron ciento sesenta y nueve metros de verga, que se vendió á buen precio al patrón de un barquillo que allí estaba estacionado...

— Debíamos escribir un libro con nuestras aventuras.

— Como que debíamos, y si uno de nosotros supiera poner bien la pluma, había de relatar por nota lo que nosotros le contáramos. Venderíamos miles de ejemplares.

— Ni las aventuras de *Periquillo*.

— Ni las de Casanova.

Quince días más duré trabajando con aquellos excelentes muchachos. El seis de Febrero tuvimos gran expectación: acababa de ser llamado á París nuestro jefe, Pérez Milicua, que regresó á poco trayendo la cantidad necesaria para la travesía de los treinta y ocho mexicanos tan duramente escarmentados por la suerte. El veinticinco de Febrero regresó tío Pérez, el veintisiete nos embarcamos en Pasajes y dijimos adiós á la tierra hospitalaria de España; el tres de Marzo arribamos á Liverpool; el cuatro salimos para Nueva York en el vapor *City of York*; llegamos el diez y nueve al gran puerto americano, y el veintitrés zarpamos para Colón en el *Ocean Queen*. Anclamos en Colón el día primero de Abril, atravesamos en ferrocarril el istmo de Panamá y en la noche nos embarcamos para Acapulco, en el vapor *Golden Hunter*. Llegamos á Acapulco el ocho de Abril por la tarde. Las excelentes familias surianas no desmintieron su vieja tradición de hidalguía y generosidad: nos hospedaron, nos agasajaron, nos trajeron en palmitas y nos proporcionaron cuanto necesitábamos — dinero inclusive — para que pudiéramos salir del puerto ó internarnos en tierra. Aquí se deshizo la sociedad de cariño que teníamos fundada: veinticinco jefes y oficiales marcharon á incorporarse al Ejército del Centro; un subteniente fué á Zacatecas y seis oficiales quedamos aquí. Yo, que procuro reunirme con ustedes, salí para

San Blas el veintiuno, pues tuve la suerte de encontrar vapor que me condujera hasta este puerto.

Pronto, pues, te abrazaré descansando un poco de mis terribles daños. Entretanto, aquí les envío á ti, á mis padres y á Miguelín uno, dos, tres, diez, cien abrazos muy apretados.

Miguel.

